
TODOS A LA OTAN

Pablo Sebastián



Desde el 15 de junio de 1977, día *D* de la puesta en marcha de la nueva democracia española, la diplomacia hispana navega sin brújula ni bandera en busca de un lugar, al sol o a la sombra, donde ubicarse en el llamado concierto internacional de naciones. El rumbo del viejo galeón ibérico ha sufrido en los últimos cuatro años golpes caprichosos y obligados de timón víctima, muchas ve-

ces, de la incapacidad y desconcierto del piloto de turno, y otras de las presiones exteriores o de la fragilidad de la propia nave.

A tan sólo mes y medio de la primera victoria electoral de UCD, cuando el partido centrista acababa de nacer por necesidades del guión electoral como resultado de un cuádruple parte ideológico —Movimiento franquista, liberales, de-

mocristianos y socialdemócratas—, el primer gobierno legítimo decidió presentar ante el Consejo de Ministros de las Comunidades Europeas (el 28 de julio) la candidatura de España para el ingreso en el Tratado de Roma. Tan ambicioso proyecto, sin estudio previo en lo político ni en lo económico, constituyó un primer golpe de efecto de la diplomacia centrista del ex presidente Suárez que, a pesar de su precariedad, entraba en buena lógica ya que casi la totalidad de las fuerzas políticas españolas estaban a favor de la incorporación al proyecto político europeo.

Europa era, pues, para la diplomacia hispana el primer puerto a conseguir aunque sólo fuera para apuntalar el régimen naciente que utilizó la bandera azulada de nueve estrellas (ahora de diez, con Grecia); en sus últimas batallas contra el franquismo, como argumento mayor para justificar el vuelco de las viejas estructuras orgánicas. No hubo estudios ni análisis serios antes de que se adoptara esta ambiciosa decisión política. Ni siquiera contaba España con una Constitución democrática y ya la diplomacia centrista desplegaba las velas en pos de un descubrimiento que se ha revelado más difícil y complicado que lo que esperaban los nuevos conquistadores.

A nadie, por aquel entonces, ni Gobierno ni oposición, se le ocurrió ponerle peros a esta opción europea que, aún siendo lógica y necesariamente la primera prioridad de la política exterior de España, debió ser el resultado de un serio análisis buscando el momento

oportuno para la travesía. Un momento que sólo podría conseguirse alcanzando con seriedad las respuestas exactas a dos interrogantes: ¿qué supondrá para España la incorporación en la CEE?, y ¿cómo incidirá España en el proceso de construcción europea? Eludir los problemas de la propia crisis de identidad comunitaria y los riesgos económicos de la integración fue un mayúsculo error, que puso en evidencia el ex presidente Valery Giscard d'Estaing cuando en abril del pasado año anunció el parón oficial al ingreso de España en las Comunidades, por necesidades de *reajuste interno* en políticas como la agrícola y presupuestaria de la CEE, que tienen en jaque a la propia empresa europea.

Pues bien, mientras patinaba el proyecto europeo, el galeón hispano buscó suerte mejor en otras aguas. Se presentó como gran éxito la presencia del Gobierno de Madrid en el seno del Pacto Andino como nación observadora; se hicieron pinitos también como invitados observadores en la cumbre de los *no alineados*, de La Habana; casi se intenta mediar y *solucionar* la crisis del Oriente Próximo en un alarde de locura y amnesia (porque se olvidó en el palacio de Santa Cruz que España no tiene relaciones con Israel, la otra parte implicada); se abandonó de manera irresponsable la responsabilidad histórica del Sahara; se mantuvo la tensión con todos los vecinos —Marruecos, Francia y Portugal—; no se desarrollaron en sus posibilidades las relaciones con los países del Este europeo para tranquilizar a Washington, y se

Como se culmine el proceso atlántico según la urgencia prevista, España habrá definitivamente perdido la oportunidad de haber dibujado a su medida una política exterior nueva y moderna.

llegó al 23 de febrero con un desconcierto total en lo que a la presencia exterior hispana se refiere, amén del desconcierto interno que produjo la afrenta militar.

El mundo exterior pudo comprobar la debilidad de la democracia hispana. En Bruselas, los diez de la CEE casi dieron un suspiro («de buena nos hemos librado», podrían comentar en privado) y en América Latina, países árabes y demás amigos y aliados saltó la sorpresa y el desánimo frente al ejemplo hispano de caminar hacia la democracia sin ruptura y con transición. La reacción más franca a la intentona militar fue, desde luego, la de Washington. «Es un asunto interno», dijo el general Haig horas después del asalto al Congreso, sin especificar si era o no un asunto interno español o norteamericano. En fin, un panorama exterior desolador que ahora se quiere solucionar por elevación: todos a la OTAN.

Sin consulta al pueblo español, ni referéndum ni mayoría cualificada en el Parlamento, y ante la decisión USA de no dar contrapartidas en la renovación de unos acuerdos bilaterales, que ya difícilmente pueden imponer a una España constitucional y democrática, el gobierno de

Calvo-Sotelo, con un ministro de Exteriores dedicado a la política interior y del partido más que a la Exterior, ha decidido poner rumbo a la OTAN, a pesar de los pesares. Y ello, guste o no, con el apoyo tácito del PSOE aunque sus dirigentes juren en público lo contrario.

Calvo-Sotelo nos lleva a la OTAN para hacer olvidar el caos exterior, el aceite de Colza y para impedir un Gobierno de coalición a la espera de mejorar sus relaciones con la derecha de dentro y fuera de este país. No le importa los efectos que esta decisión tendrá para España dentro y fuera. La pérdida de la poca presencia exterior, el aumento de la dependencia y la ausencia de toda garantía de defensa (que la OTAN nunca concederá, por ejemplo, a Ceuta y Melilla) a la vez que la pérdida de soberanía en decisiones e implicaciones militares, confirmando, por otra parte y al menos durante algún tiempo, la soberanía británica en el Peñón de Gibraltar.

Esta decisión de poner rumbo fijo y contra-reloj hacia el cuartel supremo aliado, antes de poner orden en las políticas exterior e interior de España, antes de desarrollar al máximo

todas todas las posibilidades de aumento de la presencia hispana en el mundo va a constituir un error histórico de la diplomacia hispana.

Si de lo que se trata es de articularse a Occidente, España sabe muy bien que nada da gratis Occidente y menos por un regalo interesado y en condiciones de inferioridad interna como es el acercamiento a la OTAN.

Los aliados-europeos sólo entienden un lenguaje: la negociación. Y España sólo tiene dos armas para negociar: sus aranceles industriales frente a la CEE (la política, agricultura, mano de obra, etc., van en nuestra contra) y la posición estratégica frente al eje que controla Washington en lo militar y político. Ahora, Calvo-Sotelo está dispuesto a entregar la baza OTAN y sin contrapartidas, lo que, desde luego, le llevará a la historia para desgracia de todos. El tema OTAN puede y debe plantearlo un gobierno de derechas pero en su momento. Cuando el patio de esta casa nuestra y el portal exterior estén de-

centemente arreglados. Mientras, por ejemplo, queden manchas poco aclaradas y pendientes de juicio como la del 23-F, dar este paso constituye una osadía de consecuencias imprevisibles.

¿Y la oposición? En política exterior como siempre. Amén de las intrigas y enfrentamientos de una secretaría de relaciones internacionales que casi nunca existió, y que Felipe González asumió personalmente, el PSOE ha estado bastante ajeno a la acción exterior hispana; y buena prueba de ello ha sido la pasividad con la que aceptaron la renegociación de los acuerdos militares con Washington, lo que les ha supuesto ahora la sorpresa de que estos acuerdos vayan a negociarse para después de la OTAN. Y no hablemos de la dulce campaña que el PSOE presenta sobre la OTAN. «De entrada no.» ¿Y de salida?, ¿y de movilizaciones en la calle y de unidad anti-OTAN? Si el PSOE quiere podría parar el ingreso en la OTAN, pero

eso a costa de recuperar su imagen en la izquierda y de perderla ante los poderes fácticos ante unas próximas elecciones generales. Prima más esta oportunidad electoral que el interés del Estado en política exterior. Este es un *no* con la boca chica y luego en la OTAN ya hablaremos. Al PSOE no le interesa, por nada del mundo, que caiga el gobierno Calvo-Sotelo, que, por otra parte, sobrevive a expensas del Tejerazo, y no está dispuesto a utilizar temas como la colza o la OTAN para llevar a las cuerdas al ejecutivo como ocurriría en un país sin democracia vigilada.

En fin, que como se culmine el proceso atlántico según la urgencia prevista, España habrá definitivamente perdido la oportunidad de haber dibujado a su medida una política exterior nueva, moderna, al ritmo de los acontecimientos internacionales y de acuerdo con nuestras humildes pero seguras posibilidades de tener alguna influencia y de participar en los grandes debates de nuestro tiempo.